AÑO V — BUENOS AIRES, 10 DE MAYO DE 1926 — N.o 222

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

MENOS PAN Y MAS HORAS DE TRABAJO

A través del fárrago de declaraciones de todos los matices políticos, de noticias e informes panorámicos, intentando darnos un cuadro sinóptico de las probables causas que provocaron la huelga general en Gran Bretaña, una sola se destaca diáfana y evidente. Es esta:

"Los mineros fueron puestos ante la situación pavorosa del lock-out, negándoseles el salario que necesitaban para conducir una existencia precaria. Las últimas proposiciones recibidas por el primer ministro Baldwin, se relacionaban con la reducción de los salarios y la prolongación de las horas de trabajo."

Y el *impasse* advino, haciendo imposible toda negociación entre los dueños de minas y los representantes de las trade-unions. Habiendo el gobierno suspendido los subsidios a las industrias del carbón, los capitalistas que las explotan emplearon el procedimiento clásico del repertorio burgués, imponiendo el gravámen y el sacrificio a su masa obrera. Menos pan y más horas de trabajo. La injusticia era tan flagrante, tan palpable que por un momento la negra muchedumbre de los mineros tuvo de su parte las simpatías de casi todo el pueblo británico. Asumida la actitud insurreccional con el paro general, estas simpatías están declinando. El conservatismo inglés posee un poderoso fondo de infantil y primitiva animalidad. Le irritan las amenazas que pueden perturbar sus funciones digestivas. Explica esto, que la reclutación de voluntarios para atenuar los efectos de la huelga general, sea cada vez mayor.

Pero por encima de los argumentos de los políticos de todo pelo y calaña, se halla, pues, el derecho de esta masa a defenderse. Es su mismo instinto de conservación que se lo dicta. No quiere ser más miserable de lo que ya es; se rehusa a embrutecerse más de lo que ya lo está, con una jornada de labor más larga que nunca. En fin, quisiera también ella disfrutar humanamente de esta vida. Para negarle ese ínfimo derecho, los políticos conservadores, liberales, laboristas, invocaron otra multitud de sofismas oponiéndosela a esa muchedumbre obrera viviente y hambrienta. Veámoslo.

Empecemos por Baldwin, en su discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes. Extractaremos sus puntos principales. Confesó que en la conferencia, *los ademanes hostiles manifestados por los delegados de los mineros, determinaron al gobierno a no tolerar imposiciones.* Débil excusa para no otorgar justicia. En otra parte reprocha *el espíritu de intransigencia que caracteriza a los dos bandos*, especialmente a los mineros, que no piensan que la comunidad está por encima de los entidades particulares. Pudo agregar, el rey y la patria. Más allá, se encaró con los laboristas, y les dijo:

Pero los autores del movimiento no pueden dejar de darse cuenta de que están amenazando al gobierno organizado. No puedo creer que los dirigentes hubiesen accedido a la proclamación de una huelga general si se hubiesen advertido que lanzaban un desafío a las autoridades constituidas y que nos llevaban más cerca de la guerra civil de lo que hemos estado durante tantos siglos.

Sin embargo, el derecho legal de declararse en huelga existe todavía en Inglaterra, con la misma razón para los patrones de decretar el lock-out. No obstante, éste fué la causa y el otro el efecto.

Sus últimas palabras han sido estas: *Los obreros tienen una discusión con los propietarios de las minas, y cualquier forma de arreglo a que se llegue deberá implicar una reducción de salarios.*

Por las buenas o las malas, los mansos de corazón han de ser las víctimas. Se hallan a la vista los sofismas de la mansedumbre, de la buena educación para los explotados, y no por los explotadores. Ni siquiera es novedoso este primer ministro, en defender lo indefendible. Disculpémosle, hace su oficio y desempeña su papel.

Tengamos también compasión por Thomas, quien, rodeado por una muchedumbre que le reclamaba noticias, contestó con los ojos llenos de lágrimas:

—Ha comenazdo la huelga general. Yo no puedo más...

Pero Mr. Puhg, el terrible Puhg, bestia negra de Baldwin, es completamente inexcusable. En respuesta a la nota del primer ministro, acerca de la huelga de los tipógrafos del *Daily Mail*, escribía: *referente a la libertad de prensa, el Consejo General no tiene conocimiento que se la haya violado y la decisión adoptada por los tipógrafos está formalmente prohibida, pues ellos no pueden adoptar tal actitud independientemente y sin previa autorización.*

Declara que no acepta la responsabilidad de ese hecho y tomará prontas medidas para evitar actos de indisciplina.

Y este hecho que repudian los laboristas es el más espontáneo, el más hermoso y más valiente que se produjo al empezar la huelga. La dirección del *Daily Mail* quiso publicar un editorial titulado: *Por la patria y por el rey.* Demos su texto íntegro:

"Los mineros, tras semanas de negociaciones, han rechazado las propuestas que les han sido hechas, y las minas de hulla de Gran Bretaña han suspendido su funcionamiento. El consejo ejecutivo del congreso de las Trade Unions, que representa a todas las uniones obreras del país, ha decidido apoyar a los mineros, yendo a la huelga general, que es la medida extrema.

"Esa decisión hace que la situación cambie por completo de aspecto. La industria hullera, que pudo haber sido organizada con buena voluntad de parte de todos, ahora se ha convertido en el objeto de una gran lucha política, que la nación no ha preferido, pero a la que hace frente con la más grande frialdad y firmeza.

"La huelga general no es una medida de protesta industrial. Es un movimiento revolucionario que hace que sufra una gran masa de inocentes, y, por consiguiente, pone en situación violenta al gobierno. Es un movimiento que solamente puede triunfar derrocando al gobierno y anulando los derechos de los pueblos libres. No puede ser tolerado por ningún gobierno civilizado y debe combatirse con todos los recursos con que cuenta la comunidad. Se ha proclamado el estado de emergencia y las leyes exigen que hombres y mujeres se pongan al servicio de su rey en este momento de emergencia."

Para impedir la salida del diario, 600 empleados, comprendiendo los departamentos administrativos y talleres, abandonaron el trabajo. La sucursal de Manchester, empero, mantuvo la circulación. Operarios y tipógrafos de otros rotativos de tanta y más importancia que el *Daily Mail*, también se declararon en huelga porque las direcciones respectivas intentaron reproducir el editorial en disputa. Entonces el consejo general del congreso de las Trade Unions resolvió declinar toda responsabilidad sobre este incidente. Hay más. Por su parte Mr. Cook, de la Federación de Mineros, le expresó a un corresponsal de una agencia noticiosa que *la huelga duraría una quincena y que el resultado de unas elecciones generales nuevas, seguramente llevaría al poder a los laboristas.* Mientras las familias de los mineros padecen necesidades y estrecheces, por no decir abiertamente hambre y sufrimiento, Mr. Cook piensa en la banca parlamentaria o en la cartera de un ministerio.

¿No son estos sofismas de diferentes colores, sofismas laboristas o conservadores, sofismas de la disciplina, sofismas parlamentarios, que tratan de enredar a los trabajadores que se echaron a la calle a la conquista de un poco más de pan, de descanso y de bienestar para los suyos?

En tanto el gobierno pone en práctica todas sus mañas y medios de difusión para hacerle creer a la mayoría de la población inglesa, que se halla frente a un movimiento revolucionario, al borde de la guerra civil.

Y obrando en consecuencia, acuartteló sus tropas, armó su policía secreta, o sea los pesquisas de Scotland Yard y lanzó por las calles camiones cargados de soldados con equipo de guerra y cascos de acero. En vano Lloyd George dijo que *esta huelga no estaba destinada a violar la Constitución, y sólo tenía como objeto la solución de un conflicto comercial*; inútiles fueron las lágrimas de Thomas, quien en tono patético exclamaba que si se hiciera un plebiscito entre las masas de la población para saber si querían la revolución, al tres dos por ciento votaría por ella. Hasta los más reaccionarios, los tory, coinciden en afirmar lo mismo. No obstante la ley de emergencia, o sea el estado de sitio fué puesta en vigor.

No ocultamos la extraordinaria importancia del movimiento iniciado por el proletariado británico y las repercusiones mundiales que pudiese tener en caso de triunfar. Lo malo es que se deje guiar por la burocracia laborista y politiquera, disciplinados y genuinos bomberos, que apagan todo acto espontáneo, todo acceso

"Optimismo británico"

JOHN BULL —¡Miedo yó?... No me asustan estas cosas... Tengo crumiros, rompehuelgas, socialistas políticos y la clase media, que aunque no sirven para nada aprovecharé en esta emergencia... ¿Miedo yó? ¡Miren como rio! Si me hace una gracia enorme esta huelga obrera...

D. A. DE SANTILLAN

Problemas del día

El movimiento obrero y el anarquismo

No es culpa nuestra si tenemos que machacar hasta el aburrimiento sobre el mismo asunto, perdiendo en él un tiempo precioso, sin la perspectiva, tal vez, de llegar a un acuerdo práctico. Volvamos a resumir una vez más nuestros puntos de vista, que hasta hoy no encontraron más que una opinión serena y razonada, la de Malatesta, aunque esa opinión vale por muchas. En las objeciones de los sindicalistas hay tal cúmulo de contradicciones, que en lo único que concuerdan es en el gruñido rencoroso y en la frase hiriente. De esa manera se podrá sentar cátedra de demagogía, pero así no se destruye nuestra argumentación.

Examinemos, pues, las afirmaciones de Malatesta, no contra Malatesta mismo, en quien no podemos menos de admirar la unidad de criterio de toda su vida, y con el cual esa disidencia no impide de ningún modo la más íntima cooperación, sino contra aquellos titiriteros que se valen de los argumentos malatestianos para combatir la anarquía y restarle influencia en las filas del proletariado. El propósito final de Malatesta es idéntico al nuestro, sólo que nosotros aseguramos que nuestra táctica es mejor que la suya, que nuestra intervención en el movimiento obrero es más prometedora que la intervención por él recomendada. Sin embargo, ni nosotros ni él divagamos en las regiones de la metafísica, todos queremos ser realistas y tener en cuenta las perspectivas que nos ofrece el medio en que actuamos.

Y el medio ambiente que tenemos ante nosotros en más de veinte países de habla española, con una población de unos 120 millones de habitantes, es el siguiente:

En casi todos esos países el anarquismo no se concibe como un mero entretenimiento filosófico; nuestras ideas están ligadas a los más fuertes movimientos de masas y polarizan las actividades de la parte más despierta del proletariado. La palabra anarquía no causa miedo a nadie y los trabajadores que la temen o que la rehuyen, o bien son aquellos pocos envenenados por la propaganda de la iglesia y del Estado o por la de los partidos políticos, y esos trabajadores, por lo general, no suelen formar parte en las filas de la guerra social. Podemos permitirnos el lujo de pasarnos sin el concurso de aquellos que tienen horror a la palabra anarquía, lo cual no impide que nuestra propaganda se dirija a ellos como a todo el mundo para convencerles de su error.

En una palabra, en todos los países de habla española, — y portuguesa también, — los anarquistas forman o pueden formar organizaciones obreras mayoritarias, es decir, concentrar las fuerzas más numerosas del proletariado militante bajo la bandera de la anarquía. ¿Es que Malatesta puede recomendarnos que no lo hagamos? Su preocupación es quedar en contacto con las masas. ¿Es que nuestro método no es más eficaz para quedar en contacto con las masas que el suyo?

Malatesta nos acusa siempre de no haber interpretado bien su manera de pensar; transcribamos, pues, sus opiniones: *"Sostengo que, no siendo anarquista la masa de los obreros, una organización obrera que se titula anarquista, o debe componerse sólo de anarquistas y por tanto no ser más que un simple e inútil duplicado de los grupos anarquistas, o bien permanecer abierta a los obreros de todas las opiniones y por consiguiente reducir la etiqueta anarquista a un simple adorno, bueno sólo para comprometer a los anarquistas en las mil transacciones a que es constreñido un sindicato que lucha en el ambiente actual y quiera defender los intereses inmediatos de sus miembros"...*

Primeramente: en todos los países de habla española, la inmensa mayoría de los obreros organizados o con deseos de organizarse tienen ya sus nociones que les permiten distinguir lo blanco de lo negro; los obreros que no distinguen lo blanco de lo negro no se organizan o caen bajo el radio de influencia religioso o político de sus preferencias o de sus tradiciones. La propaganda revolucionaria y la propaganda reaccionaria han llegado a tales proporciones que no hay rincón donde los obreros no hayan escuchado ya algo al respecto y así se van formando las opiniones. Porque nuestros camaradas han sido más activos en los países de habla española que las demás escuelas y partidos que se disputan la orientación del movimiento obrero, ellos fueron y son aún los que forman las primeras organizaciones de lucha proletaria y, claro está, desde el comienzo proclaman que en religión son ateos, en política anarquistas y en economía comunistas. Una activa propaganda no tarde en agrupar en torno a nuestros postulados fundamentales un organismo obrero central que orienta más o menos las luchas proletarias de la región de su influencia. Esta es una realidad en todos los países de habla española o puede serlo. En Centro América y en la costa del océano Pacífico no ocurre todavía eso, pero es porque los anarquistas son allí muy poco numerosos aún. La A. I. T. tiene un delegado por esos países y no está lejano el día en que también ellos muestren el ejemplo de un movimiento obrero inspirado por la anarquía; hoy no tienen movimiento obrero alguno, porque las organizaciones obreras patrióticas, políticas, etc., no son obreras más que de nombre. En una palabra el movimiento obrero revolucionario en los países de habla española es anarquista, y donde no existe ese movimiento obrero anarquista no existe tampoco ningún movimiento obrero digno de tal nombre.

La etiqueta anarquista no da convicciones anarquistas a quien no las tiene. Naturalmente. Pero si nosotros defendemos esa etiqueta y procuramos que sea el signo distintivo de todas nuestras organizaciones, es porque: a) eso no nos impide constituir organizaciones obreras mayoritarias, como no impidió a los socialdemócratas formarlas en Alemania y Austria en nombre de sus doctrinas autoritarias; b) una bandera, aunque no sea un arma, es un símbolo que puede representar todo un mundo; c) no nos interesa un movimiento obrero que no se encamine hacia la anarquía, hacia la lucha contra el capitalismo y el Estado, hacia la destrucción del principio de autoridad. Queremos oponer nuestras ideas al mundo del privilegio y esas ideas se expresan con algunas palabras: la *anarquía* es la expresión de lo que queremos; por eso nos esforzamos por hacer ostentación de ese nombre; no ignoramos que se puede ser un buen anarquista sin llamarse tal, pero nuestro movimiento existe ya y mientras estemos en lucha contra el mundo actual, no sólo debemos ser anarquistas ante nuestra conciencia, sino ante la sociedad entera. La palabra anarquía dentro del mundo capitalista es una consigna de guerra, no de paz y de masturbación espiritual. Los obreros sanos de espíritu, los que no fueron envenenados irremisiblemente por el autoritarismo, no tardan en amar la anarquía, más o menos luchando en primera fila contra la injusticia presente y ejerciendo la más amplia y noble solidaridad con los oprimidos y los explotados, sean miembros o no de nuestros sindicatos. En casi todos los países de habla española, los obreros que acuden a la organización van ya preparados de algún modo por la propaganda previa y con un fondo de confianza en la anarquía y en los anarquistas. No todos son filósofos, claro está, no todos pueden dar conferencias sobre el anarquismo; pero el mismo caso es el de los componentes de los grupos de afinidad anarquistas, cuya inmensa mayoría no tienen más que algunas vagas nociones sobre la significación de nuestra idea, lo cual no les impide luchar y sacrificarse y morir por ella. Tenemos en México cien mil obreros organizados en nombre de la anarquía, para la instauración de una sociedad libre; muchos de ellos, campesinos, no saben leer ni escribir; pero cuando se trata de sacrificio y de lucha por esa idea nada tienen que reprocharle los anarquistas más literarios y filosóficos.

En cuanto a que los sindicatos compuestos de anarquistas o simpatizantes no serían más que un duplicado inútil de los grupos de afinidad, nosotros podríamos decir también lo contrario, pues estamos viendo en varios países como se fundan sindicatos que recomiendan la propaganda de la anarquía y en cambio no existen en ellos grupos o no existen más que para organizar sindicatos y orientarlos desde el principio de acuerdo a nuestras ideas y tácticas. En casi todos los países de habla española, repitámoslo, el centro de gravedad de nuestra propaganda está en el movimiento obrero, y en ellos la anarquía va unida a la concepción de un movimiento social de masas oprimidas y explotadas, por eso se explica el que queramos mantener nuestro predominio en la orientación del proletariado. La experiencia demuestra que en los países a que nos referimos, el obrero desorganizado no acude al sindicato en tanto que obrero, sino en tanto que obrero revolucionario; el obrero que no piensa ni quiere la revolución, no acude tampoco al sindicato.

Estimamos que, desde el punto de vista práctico, derrocharíamos inútilmente fuerzas si primero nos dedicásemos a organizar obreros puros, para propagarles luego la anarquía. Tenemos el mismo trabajo para llevar a un obrero puro al sindicato que para llevar a un obrero impuro, es decir, infectado de anarquía. Por tanto, le inficionamos la anarquía simultáneamente con la organización, nos esforzamos por sintetizar ambas cosas y no por dividirlas absolutamente. Y es tal la influencia de nuestro movimiento en los países de habla española que incluso el reformismo sindical, en otros países cacareador de la neutralidad de los sindicatos, o bien quiere hacernos competencia aprobando declaraciones de principios libertarias o bien rompe con la idea de la neutralidad. (Este es el caso de la Unión General de los Trabajadores, *afiliada* al partido socialista español).

Otra preocupación de Malatesta es la desviación a que se ve forzado un sindicato que se interese por las luchas actuales. Tampoco esto nos convence. Nosotros consideramos las luchas actuales por las reivindicaciones cotidianas de los trabajadores como susceptibles de educar y de fortificar el sentimiento revolucionario de los obreros; no las consideramos como un mal necesario, sino como una acción preparatoria ineludible; el que se desentiende de las luchas del día por el mejoramiento de la suerte de los que trabajan o bien es que su situación personal le permite una existencia libre de inquietudes materiales, o bien es un revolucionario muy platónico. En la mayoría de los países de Europa la acción de los sindicatos se entiende de un modo singular que no compartimos de ninguna manera. Nuestros sindicatos no corren el mismo peligro, porque la lucha entre nosotros no se reduce a negociaciones de comités sindicales con los capitalistas o el gobierno; no vemos por qué el presentar un pliego de condiciones al patrón y declarar la huelga si no lo acepta implicaría un desdoro para el anarquista. Lejos de ser perniciosas las luchas cotidianas de los sindicatos revolucionarios o anarquistas, es en ellas donde se nos ofrece la mejor ocasión hoy para probar nuestras tácticas y métodos y educar las masas en sentimientos de solidaridad, recordándoles siempre sus derechos a las riquezas sociales y su posibilidad de una vida libre, de igualdad y de solidaridad.

El caso de España merece una mención especial. En ella la tradición más vieja del moderno movimiento obrero, es una tradición anarquista por una parte, y por otra socialdemócrata. El anarquismo no fué nunca un obstáculo a la organización obrera, al contrario, fué su aliciente, su razón de ser, el que dió sentido y estímulo a las luchas heroicas de los trabajadores españoles desde hace más de medio siglo. No obstante la finalidad anarquista, nuestra organización obrera de ese país, fué siempre un organismo mayoritario, el eje de las luchas sociales de los trabajadores. Hoy que ha fracasado el sindicalismo en todas partes, como doctrina incongruente y como hecho reformista y traidor, surgen algunos individuos que oficiaron de jefes obreros en estos últimos siete u ocho años y que, para no perder el puesto en primera fila, achacan los errores de que ellos mismos son responsables directos, a la anarquía y a los anarquistas. Uno de sus pretextos para iniciar la reorganización de lo que esos individuos desorganizaron es causa de su irresponsabilidad y de la embriaguez de la fuerza númerica, es que la anarquía aleja de los sindicatos a los trabajadores. Eso es una mentira. Los trabajadores que se alejaron de la Confederación fueron aquellos a quienes se sindicó por el terror de las bandas que servían de instrumentos a los actuales negadores del anarquismo; en nombre de la anarquía la Confederación será siempre un organismo de mayoría, y aunque no lo fuera, no por eso tendría menos razón de ser. Lo que pasa no es más que una vulgar lucha de ambiciones, de predominio personal; los que quisieran alejar de la Confederación la etiqueta anarquista, se esfuerzan de un modo u otro por atribuir al anarquismo todos los males que ellos mismos causaron, para lograr así deslumbrar por un momento a las masas semi-desalentadas después de tantos descalabros y volver a ocupar los primeros puestos del movimiento... y cumplir de ese modo los compromisos contraídos con los politicantes al margen de los trabajadores organizados. Y se han dado maña para hacer aparecer a los anarquistas que se oponen a sus maniobras como perturbadores del orden y aprovechadores de un momento difícil del movimiento para quebrantar la unidad por ellos deseada. Los comunistas podrían decir lo mismo cuando se reacciona contra sus golpes de mano arteros. Pero digan lo que quieran, los únicos perturbadores son aquellos que atentan en este momento contra las tradiciones del movimiento, merecedoras de la más encarnizada defensa. Es ciertamente dolorosa la contienda cada vez más irreconciliable entre los anarquistas negadores de la anarquía dentro de la Confederación española; pero los anarquistas que pueden estar orgullosos de su obra no tienen por qué ceder el puesto a los políticos comunistas o sindicalistas. Y sea cualesquiera que sea el resultado final, de todo desastre originado por estas disidencias, son responsables los que quieren torcer caprichosamente el rumbo del movimiento obrero español.

Después de haber mostrado a Malatesta que, si los anarquistas deben quedar en medio de las masas y actuar en las organizaciones obreras numéricamente más fuertes, en los países de habla española tenemos la circunstancia especial que las organizaciones obreras numéricamente más fuertes son las de los anarquistas. Con etiqueta o sin ella, son obra de los anarquistas y serán orientadas por ellos, por consiguiente, si son orientadas de acuerdo a las ideas y tácticas del anarquismo, démonos la satisfacción de ponerles la etiqueta, es decir, de plantar en ellas el símbolo de nuestras aspiraciones. Tanto más cuanto que somos de opinión que la revolución será anarquista o no será. Si una media docena de obreros se van, vendrán dos docenas a sustituirlos, porque el proletariado militante no pone los ojos exclusivamente en el presente, que le también avanzar a la conquista del porvenir y el porvenir por nosotros soñado no repugna al obrero, sino que lo atrae.

¿Es que nuestra táctica — porque el problema, como Malatesta mismo dice, es un problema de táctica — varía sustancialmente, o debiera variar en los países en que somos minoría en el proletariado organizado? Creemos que no. Malatesta dice:

"De acuerdo con los compañeros españoles y sudamericanos sobre la finalidad anarquica que debe guiar toda nuestra actividad social, estoy en contraste con algunos de ellos sobre si conviene o no imponer a los sindicatos obreros el programa, o más bien, la etiqueta anarquista — y, no consiguiendo hacer aceptar de la mayoría dicho programa, se convenga mejor en quedar en el seno de la organización general para hacer propaganda y ejercer obra de control y de oposición en ella contra las tendencias autoritarias y colaboracionistas que se manifiestan generalmente en toda organización obrera, o bien separarse y formar organizaciones de minoría."

Habiendo expuesto las condiciones de nuestro movimiento en los países de lengua española, no volvemos a insistir sobre el mismo asunto. Malatesta cree que donde la mayoría no nos quiere, es mejor quedar allí que retirarnos y fundar organizaciones minoritarias para llegar a ser mayoría gracias a nuestra propaganda. Puede haber casos en que eso sea conveniente, cuando la esperanza de conquistar la mayoría tiene alguna razón de ser. En general, la situación es esta: cuando quedamos perdidos en esos grandes organismos reformistas que agrupan en algunos países de Europa el grueso del proletariado organizado, la eficacia de nuestra acción se reduce a cero, absolutamente a cero. Eso de controlar y de hacer oposición a las tendencias autoritarias y colaboracionistas, no son más que palabras sin realidad alguna. Si queremos sanear un pantano, es mejor que comencemos por fuera, pues si nos empantanamos también en él, estamos perdidos. La iglesia no se combate entrando en los conventos o haciéndonos curas; los partidos políticos, tampoco; las organizaciones obreras reformistas, tampoco. He aquí la realidad: en algunos países, cuando somos una minoría inofensiva en los grandes sindicatos reformistas, se nos deja hablar en las asambleas y hasta escribir algún artículo en la prensa sindical. El camarada Rocker nos ha contado varias veces sobre la gran tolerancia que hay en las Trade Unions inglesas; en ellas puede cualquier anarquista hacer uso de la palabra sin que se le tape la boca de un patalazo; pero esos buenos ingleses oyen hablar a un anarquista como si oyeran llover, y luego obran según los dictados de los magnates del movimiento trade-unionista. Por nuestra parte, entre ir a pronunciar un discurso a una asamblea trade-unionista e ir a hacer lo mismo a la costa del mar, frente al murmullo de las olas, como hacía Demóstenes para ejercitarse, creemos que no hay mucha diferencia. Esa tolerancia es la tolerancia de las arenas del desierto; también allí podemos pronunciar discursos impunemente. En todas partes, sin embargo, no existe la tolerancia de los trade-unionistas ingleses, y tratar de hacer oposición a las tendencias autoritarias y colaboracionistas de los grandes sindicatos equivale a salir con la cabeza rota y eso será todo lo meritorio que se quiera, pero vale más un asno vivo que un sabio muerto. Podríamos contar millares de casos para demostrar a Malatesta que nunca estaremos más aislados de las masas que manteniéndonos en un sindicato reformista incorregible, aunque abarque la mayoría del proletariado organizado. Podríamos invitar a Malatesta a que venga a Alemania a hacer propaganda anarquista dentro de las organizaciones socialdemócratas, que son los organismos obreros mayoritarios, para que pruebe realmente la imposibilidad material de levantar en ellos la voz. Todos los anarquistas que intentaron seguir esa vía, o se convencieron de su error o terminaron siendo burócratas y reformistas. Y es natural, porque en un pantano no se conserva fácilmente la salud; esa es una de las razones por las que no vamos tampoco al parlamento. A propósito de parlamento, estamos tentados a oponer a Malatesta, cuando habla de hacer propaganda en los grandes organismos reformistas, la misma argumentación malatestiana contra el parlamentarismo.

Felizmente, la experiencia práctica de la impotencia de toda acción en el movimiento obrero reformista ha llevado a nuestros camaradas a la idea de organizar un movimiento sindical propio, minoritario, y por medio de ese movimiento se mantiene mucho más el contacto con las grandes masas que de la manera recomendada por Malatesta, y sobre todo permite el desenvolvimiento de una propaganda nuestra para ir minando poco a poco las ciudadelas en que se hizo de los trabajadores soldados de la reacción y del colaboracionismo. Lo que nos diferencia de las organizaciones minoritarias de estos países es que, en lugar de inspirarse en la anarquía, pretenden, como en Suecia, como en Holanda, como en Noruega, basamentarse en las doctrinas del sindicalismo revolucionario, una mixtura que no tiene la consistencia ideológica del anarquismo para hacer frente a las corrientes de autoridad. Hay que prever que nuestra organización sindical sueca llegará a ser mayoritaria dentro de unos años; el núcleo más importante de sus orientadores es sindicalista. Estimamos que habría podido avanzar un poco más y substituir el sindicalismo por el anarquismo con los mismos resultados finales: la descomposición de la hegemonía socialdemócrata en el movimiento obrero y la constitución de una fuerza proletaria para la libertad. Si los iniciadores de ese movimiento hubiesen quedado en los organismos socialdemócratas, hubiesen cantado a la luna y no contaríamos hoy en los países escandinavos con ninguna posibilidad de la vasta propaganda que se realiza en ellos. En cuanto a Alemania, nuestras fuerzas son pocas, pero lo que hay se debe a la organización anarco-sindicalista, un nombre que no agrada poco, es verdad, pero que no es entendido más que en sentido del comunismo anárquico. Viendo la obra realizada por nuestros camaradas en esos países las recomendaciones de Malatesta nos causan una verdadera pena, porque nos duele ponernos frente a él, cuando son tantos los lazos que nos unen en la concepción de la anarquía.

¿Es que Malatesta quiere cerrar los ojos a estas realidades? Nosotros no discutimos por placer de discutir, sino porque nos es imposible comprender por qué Malatesta difiere de nosotros en una cuestión táctica tan palpable, tan simple, cuya solución se cae de su peso.

Terminemos por hoy: en vista de que Malatesta no confunde el sindicalismo con el movimiento obrero, según se advierte textualmente, dejemos a un lado el sindicalismo, que no lo queremos ni como doctrina ni como hecho, y veamos lo que es el movimiento obrero.

Examinad en cualquier país que se os antoje la situación efectiva: el movimiento obrero se os presenta por una parte como sindicalismo de Estado, por otra como organismos políticamente neutrales en su doctrina y colaboracionistas en la práctica, por otra como apéndices económicos de los partidos obreros, por otra como sindicatos anarquistas organizados y dirigidos por los anarquistas. Un movimiento obrero al margen o por encima de las diversas tendencias que actúan en nombre de la revolución y del socialismo o de la reacción entre las masas proletarias, no existe, y este hecho no hizo reflexionar a Malatesta lo suficientemente como para darnos una respuesta satisfactoria. Y en general, el proletariado organizado es casi en todas partes una minoría, raramente una mayoría. Malatesta, el voluntarista, tiene que reconocer que el movimiento obrero, ese hecho universal no nace por generación espontánea, sino por el esfuerzo de las minorías que actúan en la propaganda y la organización desde diversos puntos de vista. Aunque se diga lo contrario, para cazar incautos, nadie quiere los sindicatos neutrales, y nosotros tampoco los queremos; de ahí que el movimiento obrero para nosotros, no sea una noción abstracta que existe independientemente de nosotros, y de los otros, sino una creación de nuestro esfuerzo y del esfuerzo de todo el que quiera intervenir en las filas de los trabajadores, bien para que lo elijan diputado, bien para buscar en las secretarías rentadas de los sindicatos un modus vivendi, bien para preparar a los hombres por la propaganda, la educación y la acción para salir de esto valle de lágrimas y entrar en la tierra de promisión de la anarquía. Otra interpretación del movimiento obrero tendrá que demostrarnos ante todo que se basa en experiencias reales. Nosotros no queremos el movimiento obrero que no quiere la revolución, y si podemos destruirlo, lo destruimos; ahora bien, por revolución se entienden muchas cosas, pero en cuanto se desea un movimiento obrero revolucionario, nosotros, los anarquistas, trataremos de que por revolución se entienda la anarquía y no un gobierno obrero y campesino como el de los bolchevistas o una flamante república alemana — orgullo de los socialdemócratas — con un gran duque a la cabeza.

El mal de estas discusiones es que no se dirigen al gran público, sino a una minoría de camaradas iniciados y esto no es lo que nos haría falta hoy; pero, ¿qué hemos de hacer?

R. TELLEZ BLACUTT

Las virtudes negativas del hombre mediocre

El mediocre, (para Ingenieros y para todos los que hemos leído a Ingenieros), es el hombre prototipo de las muchedumbres, el que sintetiza perfectamente el modo de ser de las turbamultas, el incapaz de sobresalir el medio por estar íntegramente plasmado para formar la parte amorfa, densa y pastosa de los pueblos.

El mediocre, es algo más que una bestia, pero es algo menos que un hombre; es el tipo por excelencia del adaptable y del plasmable, no piensa por sí, y, en su manera de ser, es el reflejo del medio que lo rodea. Es incapaz de levantar la cabeza más alto que los demás, porque toda dominación le es profana; incapaz para sostenerse sin apoyo, porque la soledad y el abandono le causarían vértigo; incapaz para obrar de conformidad a los dictados de su conciencia (siempre rudimentaria), porque la "conciencia plena de las cosas" no es de su dominio...

Resumiendo su aptitudes, se podría decir de él, que es el "imitativo" con todas las serviles virtudes de la adaptación.

En Zoología y Biología, se llama *mimetismo* a la propiedad que tienen todos los animales de tomar para sí alguna o algunas de las propiedades más notables del medio en que viven, con objeto de preservarse de la destrucción...

El mediocre, al amoldarse perfectamente a los prejuicios y mentiras convencionales de su época, ejerce instintivamente el mimetismo psicológico, es decir, disfraza convenientemente su insuficiencia para no perder el equilibrio en el torbellino de la vida; débil e impotente por temperamento o efectos de educación, tiene necesidad de someterse enteramente a la "corriente general", por mucho que no ignore que ésta lo empuja por la pendiente fatal de los prejuicios hacia las profundidades ensombrecidas del error.

De ahí que, no siendo más que una célula pasiva en un organismo viciado, una molécula incipiente en un conjunto que obra bajo el influjo de fuerzas poderosas, no puede poseer la "virtud de la verdad" y viva siempre, de un modo anormal, en medio de las ciénegas inmundas de la hipocresía y la falsía, dos fantásticos biombos detrás de los cuales se ocultan siempre las almas desprovistas de todas las "virtudes de la fuerza"...

De ahí que, no pasando de ser un ente asustadizo y temblorosos incapaz de oponerse ni marchar en dirección contraria a la de todos, el mediocre es arrastrado por las turbamultas en dirección al cementerio de almas fracasadas por un camino de claudicación contrario al de toda dignidad, encarnando, en sus ideales y en sus aspiraciones, (si así puede llamarse a su bastarda manera de pensar y sentir) todas las flaquezas y deplorables debilidades que han caracterizado, en todo tiempo, a los grandes cretinizados "rebaños humanos".

El mediocre, al pensar como piensan todos, y al sentir como sienten todos, se eclipsar completamente su personalidad dentro del poder aplastante de los pueblos y las leyes contradictorias o ineficaces de los hombres; es decir, al hacer el papel de célula muerta en un organismo vivo, viene a resultar como un cuerpo sin alma, o mejor: como un alma llena de falsías y de perversidades encerrada en una caparazón acromática. Porque, "pensar como piensan todos", implica falsear la razón de las cosas; dando a éstas un valor relativo y falso basado en las menos eficaces de sus propiedades, y, "sentir como sienten todos", es erigir en suprema razón de ser de los ideales, a los más bajos instintos de conservación animal y a los más inconcebibles extravíos del afán noble de la "distinción verdadera".

El mediocre, *cree*, (porque no sabe razonar), en la sinrazón de los prejuicios; confunde los valores positivos con los negativos; labora en un sentido perfectamente inútil; piensa en lo que no debe pensar, y, finalmente, sueña y aspira con lo que pudiera constituir la vergüenza y la anulación de una "personalidad superior"... Es esencialmente práctico y odia al soñador; es enemigo de todos los que aspiran y pueden más que él, y tiene un rencor salvaje y brutal para todo lo que brilla con mayor persistencia que las cenizas grises de sus pensamientos.

El mediocre, es característicamente envidioso, rastrero y cobarde; no tiene mayor virtud que la mentira y se sostiene milagrosamente sobre el "tinglado de la farsa", (que es como conviene llamar a esta época de oscurantismo), gracias a la forma perfectamente servil con que se arrastra ante los que pueden más que él y lo dominan.

El mediocre, es uno de los enamorados más pertinaces de la figuración y el renombre efímeros que adjudican los pueblos a los individuos que mejor los encarnan; no desperdicia resquicio alguno para colocarse en planos que no debe estar colocado y, por esto, es capaz de todas las villanías para aparentar la contextura de un hombre honrado.

El mediocre, tiene el culto del oro y del relumbrón efímero de las cosas brillantes y puede amoldarse a las mayores incongruencias ante la fascinación de un montón de libras esterlinas; la comodidad, la holganza y los ficticios placeres de todos los tiempos carentes de la plena vida de la naturaleza, son el imán poderoso hacia el cual convergen todas sus aspiraciones, por todos los caminos, menos por el de la dignidad.

El mediocre, es adorador de su propia pequeñez, y, por eso, la forma más ruda del egoísmo humano, impera, como un fetiche mongólico, en su podrido y deformado corazón. Se admira a sí mismo sobre todas las cosas, y es incapaz del menor gesto ante la tragedia dolorosa de los grandes derrumbamientos sociales.

Desconocedor de la vida, de la verdadera vida del que ha arrastrado sus huesos por todas las playas del inmenso mar del dolor humano, sin haber visto nunca mayores horizontes que los que circuyen su terruño, viendo todas las cosas y la razón de todas las cosas, como a través de unos lentes ahumados, juzga, como el juez que no sabe de lo que juzga, y todo

lo considera pequeño, ruín y despreciable como la ruina incolora de su espíritu.

El mediocre, considera sus actos como la voluntad incontenible e invencible que gobierna y dirige los engranajes del universo mundo, no con la serenidad del que se sabe superior a todos los que le rodean, sino con la fatuidad del que cree a todos por debajo de su propia pequeñez.

El mediocre, es siempre ignorante, y, su juicio sobre los seres y las cosas, las causas y los efectos, casi siempre marra... Critica acerbamente al que no sabe calarse bien los guantes, sin fijarse nunca que jamás tuvo un rasgo de piedad, o que nunca supo de la resolución de un problema sobre el por qué de los "diferendos generales".

Conservador y retardatario por excelencia, es el primer escollo que se presenta ante las grandes innovaciones sociales; adorador ferviente de todos los mitos creados y esclavo sumiso de todas las viejas instituciones, se presenta ante los iconoclastas y reformadores, como la barrera infranqueable dispuesto a cerrar el paso aun al mismo carro alado del sol...

Adulador y farsante, verboso y galante, sumamente flexible, se arrastra de rodillas, con la misma maestría tanto ante los vientres galoneados, como ante las prostitutas encumbradas, sin un sonrojo en el rostro, sin una protesta en los labios.

Además, como nunca puede permanecer de pie por el temor de encolerizar al "número" que se encuentra siempre de rodillas, se busca un amo para encadenarse a sus pies y ejercitar las acrobáticas virtudes que posee en las vértebras de su esqueleto de caucho, hecho a todas las genuflexiones y a los más difíciles rastrerismos... Como quiera que su alma, (y con mayor razón que su cuerpo), necesita de las cadenas de la esclavitud para poder vivir respirando el aire viciado del servilismo, (único respirable para sus pulmones), aparte de forjarse sus amos, crea en su mente un ente descabalado y deforme, prototipo de la imperfección, fiel reflejo de su impotencia, para luego colocarlo en el altar supremo de las máximas adoraciones, como al "Supremo Creador" de su triste orfandad y vida miserable... y adora a "Dios" en el mito simiesco que brota de su cuadrada cabeza.

En fin, es el enemigo declarado del Genio, porque éste lo desprecia: grotesco y deforme en su alma, es el antípoda del grande: un hiperbóreo en las riberas de la mentalidad superior... Acostumbrado a las tinieblas, la luz lo mata, y por eso la escupe sin pensar que nada puede la baba inmunda del gusano ante el vuelo prepotente del águila caudal que pasea sus miradas de fuego por sobre un mundo en escombros, desde las escarpadas rocas de una cima rocallosa e inaccesible.

PANORAMA PLASTICO

Nos hallamos hartos de negaciones. No nos es muy grata al espíritu esta función crítica, que rara vez tropieza con motivos donde prender su admiración en un vuelco generoso. Ingrata faena, a fe, la que nos hemos impuesto como un penoso deber.

No obstante la inusitada actividad de las exposiciones, personales y colectivas, el año fenecido fué de una vacuidad desoladora. Las artes plásticas argentinas se hallan en un punto muerto, en una crisis dilatada y que tiene miras de prolongarse aun por mucho tiempo.

Jamás hubo mayor número de triunfadores y jamás esos triunfadores fueron más baladíes y efímeros. Si diésemos oído a las voces laudatorias venidas del extranjero, el enorgullecimiento sería inevitable. Figari, consagrado por cierto sector de la crítica de París, y también Quinquela Martín, por quien se celebró una especie de apoteosis; José Fioravanti alabado sin mesura por la crítica madrileña, la que pudo incluir hasta a Larrañaga y María Elena Bertrand, caen todos ellos en los dominios diplomáticos. Si exceptuamos a Figari, en quien es reconocible algún valor, los demás no sobresalen del nivel de lo mediocre y de lo pésimo. Estos sucesos de estima, por los cuales se adula la prosperidad agropecuaria del país, los patrioteros, además de bebérselos en serio, se marean con ellos.

Se objeta, en disculpa del raleo de personalidades originales y de la presente flacidez de la labor pictórica y escultórica de aquí, que el fenómeno de la decadencia del arte es mundial. Se citó, por un personaje influyente, — quien ciertamente opinaba con cabeza ajena — que las artes del viejo mundo se hunden en el snobismo y el escándalo.

Concedamos una pequeña partícula de verdad en todo ello; ya que los manejos de los *marchands* parisienses se están volviendo cada vez más dañinos y perjudiciales contra la auténtica valía de la producción artística; mas no solamente la disculpa se halla fuera de lugar, sino que quienes la invocan son los que menos creen en ella. Al contrario, consideran que nosotros somos superiores, y si no dicen precisamente eso afirman que estamos destinados a inyectar un renovado vigor en la reseca rama del arte occidental.

La exposición ambulante de artistas argentinos, organizada por el normalista Nazar Anchorena, al parecer tuvo por fin principal demostrar a los europeos cultos, que bien poco les quedaba por enseñarnos aún. Hubo hasta el pensamiento *epatante* de asombrar. Y a pesar de los frenos diplomáticos, ni la crítica madrileña ni la parisiense le fué muy favorable, y algunas verdades han sido dichas acerca de esa peregrina muestra, que, entre dos o tres excepciones de real valer, los otros descienden vertiginosamente desde lo mediocre para abajo.

Notamos, así, un gran movimiento para la exportación. No se exporta ganado en pié, ni trigo, ni frutos del país solamente, también exportamos doctores, disertantes sobre los más variados tópicos, y, aún lo más calamitoso: arte autóctono y artistas ídem. Uno de éstos, quienes expusieron y se pasearon por el extranjero, descubrió, en compañía de otros colegas del mismo caletre, que nuestros pintores y escultores nada podían ya aprender de sus coetáneos de Europa. El magnífico artista suizo Hodler les mereció el calificativo de affichista.

Se comprenden, pues, las causas del notable atraso en que vegetamos aquí en relación con las cuestiones de arte. Primeramente: esa racha *pour l'exportation* está generando una pintura que apresa y viola burdamente los motivos de la tierra con el fin de labrar mal o bien una especie de *arte argentino* que por lo banal pintoresco llame la atención del extranjero snob a la pesca de exotismos. Segundo: con tan delicioso método para cazar incautos que paguen suntuosamente esos cuadrazos, se falsea, se desvía la verdadera ruta del arte, para convertirla en mera industria. Tercero: esos coronados tan fácilmente por el éxito, allá en el viejo mundo, repantigados sobres sus laureles, no se hallan dispuestos a estudiar, observar y luego nos espetarán espontáneamente esos juicios superficiales, hijos verdaderos de una irreductible ignorancia.

Por otra parte, quienes asomaban un despunte novedoso u original, agotada la primera vena, retrogradaron o se estatizaron en un amaneramiento que decía de la impotencia de renovarse. Los que figuraron como *maestros* antiguos, los Colivadino, Ripamonte, De la Cárcova, los Quiroz y otros, temiendo peligrosas comparaciones no exponen, o exponen muy poco, y algunos prefieren hacerlo en el extranjero, donde con una hábil estrategia diplomática les está asegurada la venta. Los egresados de la Academia de Bellas Artes parece que se conforman con su diploma de profesores de dibujo, y su única mira es explotar la carrera, ya tratando de conseguir una cátedra u optando por dedicarse a menesteres comerciales.

SANTIAGO L. PALAZZO — "Interior"

El hecho es que nunca como ahora, hubo menos renovación, para suplantar a los desertores, a los agotados. La explicación es obvia: hace unos cuatro o cinco años, fueron numerosos los jóvenes que representaban incitantes promesas y bellas esperanzas, y como aquí la victoria es fulminea y tempranera, todas las promesas y esperanzas se malograron definitivamente. La mayoría de estas juventudes, guiadas por el instinto o una milagrera intuición, dieron frutos agridulces — simpáticos por la frescura de sentimientos e intenciones, realzada por una factura franca y resuelta —, ya que todavía en esa edad la duda no nos muerde y no nos hace vacilar, — pero un poco más tarde, cuando empezaron a abordar obras de aliento, les faltó una preparación sólida, y se vieron en la dolorosa obligación de claudicar. Puede ser que haya quien se rehaga con el andar del tiempo, si se somete a una disciplina férrea de estudio, aunque ello parezca un tanto improbable. Uno de los ejemplos más típicos y que resume todos los vicios y defectos de nuestra educación artística, es el de *un pintor*. A los ventiún años pintó un retrato, de pié, de manera casi magistral, y en este último salón, después de unos nueve o diez años, presentó un cuadrazo sin calidades pictóricas ni estro, algo así como una horrorosa oleografía. Se supone que un artista en plena juventud, de haberse ceñido a un estudio severo, aun insignificantemente hubiese evolucionado, siquiera en la parte formal y exterior de la pintura. Y casos como éste abundan. Son incontables en la muchachada artística, por ser la pereza mental uno de los achaques más difundidos entre ella.

Son muchos los que creen en el ejercicio continuado a lo faquín, acarreando pintura de la paleta a la tela, y no comprenden que es una calistenia como cualquier otra, obrando únicamente en las facultades mecánicas. La culpa más grande se halla en los maestros. Ninguno de ellos les indicó la necesidad de los estudios paralelos, en los libros, en el natural, en el taller, en los museos, poniendo a contribución, simultáneamente, los sentidos más vivos de la criatura humana. Por eso hemos combatido la academia y los académicos, y pregonamos la urgencia de la creación de talleres libres, dirigidos y profesados por artistas independientes, quienes inculcarían los métodos más modernos, que renovaron la enseñanza de las artes plásticas en Rusia, en Bélgica, Italia y Francia.

Es una iniciativa factible de realizar, pero son demasiados los intereses creados para que algún día se la ponga en práctica.

¿Cuál acontecimiento pudo tener las resonancias de un verdadero espectáculo de arte? En las muestras colectivas de artistas extranjeros, la más homogénea, la más depurada, denotando un esclarecido discernimiento y un innegable buen gusto, fué la organizada por Domingo Viau. Nos trajo un Monet, de la época de Londres, una marina de grises nacarados, de armonía suavemente ensordecida; dos Raffaelli, un paisaje urbano de atorbellinada coloración, con toda la vivacidad de un gran croquis y una colección de Carriére, dibujos y óleos, algunos de una bella ternura y de sabio arabesco de luz y sombra.

Las demás exhibiciones colectivas de arte extranjero, casi todas respondieron a puros fines comerciales, sin la excelencia de las producciones. No vale la pena nombrarlas. Las personales de artistas europeos, la de Lucien Simon, resultó después de todo, la más valiosa, desde el exclusivo punto de vista pictórico. Eran acuarelas magistralmente tratadas resintiéndose de una superficialidad que no penetraba más allá del elemento pintoresco. Los Palmarola, los B. Gill Roig y otros más o menos como ellos, representan la pintura corriente y moliente, algo así como un depurativo y una reacción para incitarnos a gustar de las buenas telas de los grandes maestros.

Las exposiciones personales de los artistas argentinos, casi ninguna rebasó de una línea común. Excepto Irurtia, con sus cabezas femeninas, los demás no sobrepasaron, en sentido de progreso, la labor realizada en otros años. Pannozzi, Octavio Pinto, Cordiviola, todos pintores de cierta expectabilidad, no lograron superarse. Vena, siempre extático en su manera y Botti perdiendo un poco la frescura de sus primeros años juveniles, en la perfección de un minucioso oficio, la retórica del pintor velando la elocuencia de la emoción. Confesaremos, pues, que la muestra Pettoruti, al finalizar el año, en los "Amigos del Arte", fué fervorosamente la mejor, por la armoniosa corrección de sus cuadros, admirablemente compuestos en un orden decorativo; es decir, sacrificando el ánimo profundo y emocionado del color, por la extensión a desorarse con el arabesco del dibujo.

El Salón Nacional nos sorprendió, como siempre, por la descabellada adjudicación de los premios, salvo Guillermo Butler y Macaya, y también por la inesperada revelación de dos personalidades desconocidas, y de una singular originalidad. Nos referimos a Juan del Prete y Víctor Pissarro. Juan Tapia envió un paisaje que fué incontestablemente uno de los de más valor pictórico del Salón. Reducido en tamaño, pero lleno de sugerencias en su armonía de grises dorados. El Tabaquillo, demostró de una vez las relevantes condiciones plásticas de este pintor, quien posee el escondido sentimiento de un poeta. Falcini y Caratella Manes fueron las dos notas más poderosas del Salón, en la sección escultura. No hemos de repetirnos, lo que dijéramos en otra oportunidad. En arquitectura, sólo dos nombres se destacaron en una obra común: Alberto Presbich y Ernesto Vautier.

La sala de independientes, alevosamente organizada por la comisión de Bellas Artes, se inauguró semanas después del cierre del salón oficial. Los concurrentes chocaban irrisoriamente contra ese título, quienes, no teniendo nada de independencia mental y artística, se cubrían con ese rótulo como con una hermosa hoja de parra. Era para despistar, aunque las obras los contradijeran. Y entre lo malo y lo aberrativo, hubo dos expositores que atrajeron la atención, en cierta manera. Juan Antonio, con un retrato y dos paisajes; uno de ellos, un panorama de techumbres, una vista urbana, que constituía un hallazgo de armonía fría y dibujo esquemático apropiado a la expresión tediosa del tema. Xul Solar, el otro; espíritu verdaderamente culto e independiente, exponía tres acuarelas. La emoción del color se aunaba a la ideación fantástica del asunto: sensaciones cerebralizadas, engastándolas en una atmósfera de cuentos de hadas.

Esta es la suma y cifra de las ruidosas manifestaciones artísticas del año fenecido. Es un desalentador resumen, y tememos que nos toquen temporadas peores. Esto sucederá hasta que no sea barrida toda la caterva de señores que hicieron de la cosa de arte una función burocrática.

Y para ello deberán transcurrir años, puesto que los viejos *maestros*, cargados de puestos vitalicios, cátedras y otras ganga parecidas, son reemplazados por jóvenes *maestros* con iguales o más intensas ansias de medrar.

Requiescat in pace. Es nuestro responso, escanciado sobre el cráneo de tantos cadáveres que comen, beben y andan. La mezquina corruptela del régimen vigente, hace nacederos estos fenómenos. Los que nos conservamos incólumes al margen de ellos, nos dejan en absoluta indiferencia; ni pasión ni celo experimentamos contra tanto *triunfador*.

Billibalb Krain — **SIN HOGAR**

Los hermanos Palazzo, pintor y escritor

Los hermanos Palazzo, Santiago y Juan, pintor uno y el otro escritor, son uno de los casos artísticos más extraordinarios que se produjo hasta ahora en la Argentina. Hemos dicho extraordinario, y añadiremos también único, por las circunstancias de precocidad artística, de pobreza y de vida empavorecida por todas las grandes desventuras.

Enquistados entre las paredes sonoras de ese gran corazón del pueblo, hecho de roña y barro, que es el conventillo, carne de conventillo y de miseria ellos también, se diferenciaban de sus coetáneos de galera por la sensibilidad finísima y una inteligencia ávida de aprender. Se diferenciaban, además, de los otros pensionistas del inquilinato, por esa capacidad de absorber el dolor ajeno en cantidades inusitadas para el común de los mortales. Habían nacido en el duelo y en la pena; la desnarigada les solía visitar a menudo para conducir suavemente al reino de los abismos siderales algunos de los suyos, y éllos podían sobrecargar, enjugar los dolores de los demás y vivir aún con la sonrisa en los labios, engolfados, embebidos en sus tareas de arte: dichosos solamente en el acto de la creación.

Y el abscóndito valor de sus obras se halla ahí: en haber amado mucho, haber sufrido mucho, sin jamás exhalar una queja ni lagrimear sobre sus íntimas lacerías, ni dar el traspié fatal de los miserandos: es el silencioso, el secreto heroísmo que nos endurece, ennobleciéndonos. Un amor, cuando es activo e iluminado, abre la exclusa de la clarovidencia y nos baña el mundo con una luz nueva, y el caso de los Palazzo es un caso de un gran amor, hasta el delirio, por su arte, y amor por todas las cosas más ínfimas, terrenales, feas y humildes, abrazando a todos los seres que les rodeaban. Y también odio, odio contra lo vulgar, lo malo, lo perverso. Quizás nunca se ha comprendido bien que el árbol del gran amor, cuanto más intensa es su floración, más necesita hundir sus raíces en el limo salobre de los odios enardecidos por injusticias irritantes.

Se cuenta, por ejemplo, de Santiago que malquería y rara vez le dirigía la palabra a un pintor pariente suyo, de cierto renombre, — premiado en algunos certámenes — por el simple hecho de merecerle su obra pictórica una pésima opinión. Pudo ser una chiquillada, pero demuestra su altiva intransigencia y que con encendidos celos velaba cándidamente por los fueros de su querida pintura.

De los dos, la labor más honda y compleja fué alcanzada por Juan, el escritor, con su único libro de novelas y cuentos, "La Casa por Dentro". Santiago tiene en su atenuante la circunstancia de la furiosa brevedad de su ejercicio plástico en unos pocos años de trabajo, y que murió muy joven, a los veintiún años, siendo casi un niño.

En una visita que hiciéramos a la casa de la familia hace unos dos meses, con dos pintores y un escritor, quienes algunos conocieron en vida a los malogrados hermanos, hubimos de maravillarnos, a conciencia, pensando: ¿qué no hubiese podido realizar ese muchacho pintor, si en edad tan temprana logró acertar con notas tan justas de carácter, de color y de composición? Le era innato el sentido del dibujo, algo instintivo de quien dibuja con la naturalidad absoluta con que respira y habla. Veía todo por masas, que agrupaba con graciosa proporción. Se dice que jamás frecuentó academia alguna y todo lo aprendió al margen del obligado trabajo cotidiano. Hemos contemplado algunos carbones, y nos han sugerido la medida de la potencialidad de su temperamento. Nada desnuda tanto el alma de un artista como esos apuntes febriles donde se entrega y se abandona totalmente. Un cuadro, una composición, siempre se la trabaja con vistas al público o a la próxima exposición; en cambio, los bocetos, los apuntes, se hacen ante la realidad, urgidos por el instinto pictórico. Por eso son indiscretos. A veces descubren calidades, que en las grandes telas se hallarían ocultas, difusas y desperdigadas. Pero si la cartera íntima de un artista, con sus fracasos y aciertos, nos deja adivinar lo que podría ser, los cuadros con la materialidad del procedimiento, nos dicen lo que en realidad es, con sus limitaciones y defectos.

Y sus cuadros de gran tamaño, donde aborda la composición, son esfuerzos de un verdadero pintor de raza. Se evidencia una personalidad que intenta andar sola. Se notan rezagos de admiración hacia Zuloaga en el lienzo con la figura de mujer sentada y el violinista de pié. En la otra composición, que es posterior y quedó inconclusa, existe más libertad de factura, y los verdes crudos y los tonos gritones se amalgaman en una armonía primaria y rude, pero placentera por la sana franqueza. Se nota que Santiago tenía prendida en los ojos la imagen plástica con la cual revestiría el retazo de naturaleza elegido, otorgándole una modulación nueva: la suya. Hay cuadritos tan sentidos, de una gracia natural y de un equilibrio de tal modo armonioso, que se dirían pequeñas obras maestras. Por ejemplo, el "Interior" representando una velada de muchachos, sumido en una atmósfera de calidez, en cuyo fondo sonoro canta el color quedamente.

A pesar de todo, este muchachuelo permaneció todavía en el aspecto exterior del problema plástico. Le inquietaba el movimiento y el color: el movimiento, no por el carácter existente en él, sino en función dinámica, y el color, como manchas felices, mas no como una armonía total. Esto, en tal verdor de juventud, era irremediable. El arte pictórico es el que menos soporta las precocidades.

Sin embargo, su labor pictórica, vista en conjunto, alcanzó a poseer el grado de perfección necesaria para que resultase una verdadera obra de arte. Es un valor duradero dentro de la pintura argentina de hace unos quince años, y que se irá aquilatando con el tiempo. Hagamos notar que, modesto como fué, ejerció una saludable influencia entre los artistas que trabajaron con él. Se lo imitó un poco en la particularidad de sus escenas y en el movimiento de sus personajes.

Santiago Palazzo fué una pérdida irreparable para nosotros, los artistas independientes, y también para el arte nativo. Quedará definitivamente con los de Malharro, Silva, Navazio, Lamanna; no como otros ilustres difuntos, y sí como artista de vida perenne. El Museo no posee una sola obra suya. Debe poseerla; por lo menos una tela grande y chica. La monografía documentada y amorosamente escrita, la emprenderemos el día que alguien se comida, proporcionándonos los documentos y datos necesarios.

Distribución de los frutos del trabajo...

Juan Palazzo, no sabemos si por mayor edad, demostraba la madurez intelectual de un escritor que sabe lo que quiere y lo realiza de acuerdo con sus medios de expresión, superando en alcances profundos a su hermano Santiago.

En el proceso de creación, asistidos ambos por la misma musa de dolor y miseria, Juan es más completo que Santiago. Penetra más a fondo sus temas de arte. Los desarrolla armoniosamente en un intento de componer y situar las figuras en sus respectivos planos. Los caracteres surgen nítidos, y un rasgo le es suficiente para hacerlos inolvidables. Tómese la novela *Redención*, la mejor, la más completa y equilibrada del libro. Carola, muchacha del pueblo, por su rústico sentido de poesía parece que su alma la amasó el autor con las palabras más fraganciosas, dictadas por sentimiento innato de poeta. Siendo pura, tierna, sensitiva, *primorosamente sensitiva*, "con las manos alargadas en todos los momentos para acariciar al recién llegado", era fatal padeciese el calvario de ser engañada; que se casara venciendo invencibles repugnancias, con el repulsivo Plano, para cumplir el mandato de la madrastra, quien, a punto de morir deseaba verla a salvo de toda contingencia; y luego siguiera la trayectoria de la caída final, obligada por su marido, Plano, y redimirse a medias por la amistad de Palleros.

Todos los personajes que actúan en esta novelita se desenvuelven en una esfera de acción única, destacándose con poderoso vigor en virtud de los contrastes. Ya sea el Gastón Bordenave, *romántico* enamorado, quien toma lo que le parece, y cuando se harta se despide con una bofetada; o el canalla Plano, la madrastra, y el redentor Palleros, de carácter bueno e inofensivo, son figuras bien estudiadas. Por eso, ni por un instante tienen un gesto en falso, ni se escapan de su esfera de naturalezas vivientes.

Percibimos muy bien que si se trata de ciencia y de estudio, de encenadas búsquedas por las tremantes veredas de la vida, este muchacho heroico se arrancó los héroes de su corazón y les insufló la sangre de su espíritu. De ahí la profunda naturalidad con que blasfeman, se putean, se embriagan, se entregan, aman toda esta galería de seres tristes, trashumantes polichinelas, de la sentina social. Y las demasías de lenguaje, las palabras que hieren y golpean como guijarros, ¡cuán oportuna y fuertemente colocadas! Nos hallamos lejos de las exageraciones realistas, de las truculencias y de la acumulación cuantitativa de calamidades y catástrofes de los maestros de la joven generación.

Es extraño y curioso, teniendo un modelo tan cerca y a mano, como es el libro de Palazzo, se recurra a fuentes extranjeras en demanda de nuevos patrones y modelos literarios. Nos referimos, exclusivamente, a quienes hacen profesión de literatura realista. Mucha gente ha perdido el don de leer y catar, discerniendo entre lo bueno y lo malo. En una palabra, la mayoría lee con fines de saquear

la paja y el trigo, y siempre se lo huye al elemento interior.

Este elemento interior, esta atmósfera poética que impregna todo el libro "La Casa por Dentro", es lo que debería adoptarse como modelo ideal. No la letra ni el ritmo exterior, ni las posturas sentimentales de los personajes. No obstante que, como procedimiento literario de sobriedad y de acción verbal, podía ofrecer más de un buen ejemplo.

En fin, existe un acuerdo absoluto y armonioso entre las ideas, las sensaciones y los sentimientos y la expresión que las corporiza, cuajándolas verbalmente.

El ángulo moral que Juan Palazzo empleó para contemplar la vida, es de un pesimismo salobre, de un amargor que, si momentáneamente nos acibara los labios y nos infunde asco y vago terror, por ciertos aspectos demasiado crudos de la existencia proletaria, nos tonifica con el aletazo de latente rebeldía. Existe una sorda protesta, una muda protesta, que así como se dirige directamente contra los hombres lo hace también contra el destino ciego, creador inconsciente de tanta y tanta inútil fealdad y humanas monstruosidades.

Hay finales de novela hondamente desoladores, que no so son por voluntad explícita del autor, sino por la concatenación inevitable de una serie de circunstancias: es decir, está muy lejos del cálculo y del efecto buscado para impresionar al lector, y no intentando enmendar los incongruentes designios de la vida, deja que el ciego destino de cada criatura se cumpla libremente. El preconcepto está descartado; el afán de catequizar, de adoctrinar, también. Es un realismo, a veces de inaudita desnudez y crudeza subjetivado por un temperamento reflexivo de poeta.

De lo más oscuro del informe bloque del pueblo se desprendieron, se elevaron y se desencantillaron en un esfuerzo hercúleo estos muchachos de faz macilenta y de ojos de iluminados, para reflejar en el azogue tembloroso y brillante de su arte el dolor, las angustias, el sufrir incesante, la arrasadora y embrutecedora miseria de sus hermanos en pobreza.

Crearon héroes porque ellos fueron heroicos en todos los trances de sus no muy gratas existencias. Es la suprema ley, para todo verdadero creador: ser héroe, cotidianamente contigo mismo, entonces la materia heroica será dúctil arcilla en tus manos.

"La Casa por Dentro" sigue siendo, para nosotros, uno de los valores únicos de la literatura argentina, en su faz vernacular, y a Juan Palazzo lo colocamos en el cielo de nuestra admiración, con Evaristo Carriego.

At.

Huelga de esposas...

Una breve noticia cablegráfica, leída al azar en un diario, nos informaba que en Inglaterra millares de mujeres se declararon en huelga contra sus respectivos maridos, hermanos y padres, obreros de las minas, porque perseveraban en la huelga emprendida ante sus patrones.

Glosemos con tiento esta información, dada la afición extraordinaria de los corresponsales en abultar cualquier hecho, y si fueron una centena estas mujeres huelguistas, las convertirán en muchos millares.

Un suceso de esta laya es probable, acaecible y posee innegables visos de verosimilitud. El mecanismo cerebral de la mujer vive constantemente en el presente; se nutre de lo inmediato y de todo lo que es apariencia, contemporaneidad. El hombre, hasta el de un talento mediano, vive más en el futuro, que en lo actual. Tiene capacidad para proyectarse más allá de las preocupaciones cotidianas y domésticas. Además, su función de progenitor es accidental. Frecuentemente el hogar y la familia le absorbe menos dedicación y tiempo que su trabajo, o lo que pueda ser su tarea vocacional. Recurramos a los arquetipos de la especie para ser más claros y convincentes.

Carlyle, en una confesión póstuma, declaró que hallándose bajo el mismo techo con la que fué compañera de toda su vida, rara vez se veían. Es decir, se encontraban en las horas prescriptas del desayuno, del almuerzo y de la cena, pero en realidad no se *veían*. La labor ciclópea de pensar y crear hubo de abstraerlo durante la mayor parte de su existencia. Entre ellos nunca medió más que una amistad platónica. Al final de su vida, conversando con Frank Harris, su biógrafo, se reprochaba de haber sido tan inhumano y de no haberse percatado del crimen cometido al sacrificar esa criatura a un mito como puede serlo el arte frente a la vida y el hecho de escribir libros. Y, quejoso, exclamaba en italiano:

—¡Ah, povero di me!

Si citamos este episodio que constituye uno de los casos extremos y no comunes, es para poner un ejemplo típico, del cual se podrá derivar infinitas gradaciones. La entelequia hombre podrá ser un animal sociable como lo es en general la criatura humana, pero doméstico lo será a regañadientes; obligado por necesidades sexuales, más que paternales. Y este fenómeno se verifica con más evidencia por las condiciones que ofrece la sociedad actual constriñendo, ahogando el amor desinteresado, espontáneo y libre.

Al contrario, la mujer, por su constitución fisiológica, es una bestiezuela eminentemente hogareña, doméstica. Toda su vida la llenará un hombre o varios, según las circunstancias o el temperamento. Su incesante preocupación es el amor y la maternidad.

Por ello se habló de inferioridad, con respecto al hombre, cuando la misión que les fué asignada a ambos por la naturaleza, los hizo distintos en su conformación fisiológica. Por fisiología, la mujer es ultraconservadora, dejando de lado numerosas excepciones de marimachos. El hombre lo podrá ser en otro orden, intelectualmente, pero nunca lo será por la fuerza fatal que le encadena irremediablemente a la roca de su estructura fisiológica. Y ellas son así, a pesar suyo, a pesar de las protestas de su ser pensante y sentimental, porque obedecen a una ley inflexible, como son las leyes naturales.

En este incidente huelguístico, si es cierto que aconteció — hubo esa fuerza oscura, avasalladora, que impele a ese millar de mujeres a ponerse de lado de sus enemigos, los patrones de minas, al tratar de contrarrestar la acción reivindicadora de sus maridos, hermanos y padres.

Debíamos explicarnos esta extraña traición, que sacrifica lo temporal, el alimento de unos días, a un futuro mejor, y al sentir necesidad de razonarlo, lo hicimos aun a riesgo de proferir algunas perogrulladas.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $

NESTOR MACHNO

EL ANARQUISMO REVOLUCIONARIO

(Continuación)

La idea del anarquismo como doctrina de la nueva vida humana en su evolución social e individual y en su creación, se encuentra en tanto que idea, por la cual es fundamentada teóricamente la verdad indiscutible de la naturaleza del hombre y en base a hechos irrefutables, indestructibles es descubierta toda pústula de la injusticia de la sociedad contemporánea: la idea del anarquismo, decimos, se encuentra en los cuadros de la vida presente en la mayoría de los casos en situación ilegal, raramente en forma semi-legalizada: pero completamente legal no existe el anarquismo en ninguna parte.

Esto se explica por el hecho que en el período actual del desenvolvimiento de la sociedad no vive su propia vida, sino la vida del amo y del esclavo: del Estado. Sí, más aún: la sociedad se ha despersonalizado completamente. En realidad no existe. Todas las funciones, toda la edificación y creación en todos los dominios de los asuntos sociales han pasado al Estado. Este es tomado hoy por la sociedad misma. Un grupo de hombres que, dejando a la humanidad entera desnuda, se ha elevado por encima de los demás y ha creado "leyes de vida" artificialmente para esa humanidad, se presenta ahora como sociedad humana. El individuo en la masa que cuenta tantos centenares de millones, no es nada en comparación con ese grupo de ociosos que llevan el nombre de gobernantes y de dominadores de la política, de la explotación y de la opresión. Esos chacales que han perturbado y subyugado el mundo — los gobernantes de la derecha y los de la izquierda — los burgueses y los socialistas de Estado — esos no quieren comprender la gran idea del anarquismo.

Los primeros, es decir los burgueses, también los socialistas de Estado de todas las tendencias, incluso los colectivistas que se han puesto el nombre de comunistas o bolcheevistas, están dispuestos a cambiar mil veces los nombres de la dominación de los unos y de la esclavitud de los otros en esta sociedad, modificando esos nombres según las circunstancias en sus programas, pero sin embargo lo esencial permanece en pié y se reconoce claramente el ensayo para encontrar una reconciliación de las contradicciones naturales en la asociación de dominación y esclavitud. Y aunque saben que esas son contradicciones irreconciliables, las conservan para que no se manifieste prácticamente en la vida el gran ideal de verdad de los anarquistas comunistas.

Los socialistas y los comunistas de Estado han decidido en sus absurdos programas que hay que libertar ineludiblemente a los hombres desde el punto de vista "social"; en este dominio se puede admitir también un desenvolvimiento de su vida social. Pero que el hombre obtenga la completa libertad espiritual, que el hombre sea libre en el sentido humano y no sea súbdito más que de su conciencia, de las leyes naturales de la naturaleza humana, sobre eso no hablan; pero se ocupan, en cambio, con los burgueses de que no se realice una tal liberación del hombre especialmente sin la tutela de su poder, bajo ninguna circunstancia.

Pero una "liberación" bajo la dirección suprema de un poder cualquiera, en especial de un poder político, sabemos muy bien qué clase de sofisma es.

El burgués, que no ha puesto nunca las manos en el trabajo efectivo de la producción de todo lo útil y lo hermoso que necesita la humanidad, dice ordinariamente de los que trabajan: el esclavo debe seguir siendo esclavo. Nosotros, que tenemos un capital tan grande a disposición, en la industria y en la agricultura, no podemos realizar ningún nuevo principio de la vida social. La vida actual es para nosotros completamente buena. Ante nosotros se inclinan todos: reyes y presidentes, gobiernos y la mayoría de los sabios; pero los esclavos son vasallos suyos...

No — dicen, al contrario, los socialistas burgueses y los comunistas de Estado, — en eso no estamos de acuerdo. Y se dirigen a los que trabajan y los organizan en partidos, los llaman a la insurrección, a la sublevación, y dicen: arrojad de su poder a los burgueses y dadnos, a nosotros los socialistas y comunistas de Estado, el poder; queremos obrar en vuestro favor, queremos libertaros.

Y los trabajadores, que por su naturaleza odian el poder más que a los ociosos que se sirven de él, sienten arder en sí el odio al poder. Se levantan, hacen revoluciones, destruyen el poder, derrocan a aquellos que lo representan.

Y luego, sea por ingenuidad, sea por torpeza, dejan que los socialistas lleguen al poder: En Rusia se ha dejado a los comunistas de Estado apoderarse del poder político.

Y luego, esos vulgares jesuítas, esa inmundicia humana, esos verdugos de la libertad matan, fusilan incluso a hombres inocentes. Fusilan lo mismo que hicieron los burgueses y parcialmente aun se muestran peores.

Fusilan a los hombres para subordinar a los que piensan de otro modo, como individuos o como masa, a su poder; para sofocar para siempre el espíritu de la libertad y la voluntad creadora en los hombres; para hacer de ellos esclavos espirituales y lacayos físicos para un grupo de canallas que han montado en el trono, de los poderosos derribados y se crean sin remordimiento de conciencia una guardia para su protección, y para asesinar a los hombres libres. Y con ayuda de los asesinos subordinan a sus caprichos la vida del hombre y la gobiernan. Y bajo el peso de las cadenas, del nuevo "gobierno obrero" socialista, el hombre sufre y suspira. En otros países suspira bajo el yugo de los socialistas que se aliaron con la burguesía, y suspira bajo el yugo de la burguesía misma. Suspira en todas partes, y suspira como individuo y como masa de millones y millones de seres.

Suspira toda la especie humana bajo el yugo de la violencia y de su locura política y económica.

Suspira — pero raramente se preocupa alguien desinteresadamente de sus suspiros. Los verdugos nuevos y viejos son fuertes, son fuertes intelectualmente, son fuertes también físicamente y los medios para el mantenimiento de sus fuerzas son eficaces en ellos. Todo lo que se les opone saben apartarlo a tiempo.

Y el hombre, que manifestó por un momento su voluntad creadora, que se levantó por sus derechos a la vida, para lidiar por una vida libre y dichosa, cae de nuevo bajo el yugo de la opresión y bajo la desesperanza nacida de la opresión; deja caer las manos ante sus verdugos, aun cuando los verdugos le echan el lazo al cuello.

Y el hombre cierra servilmente los ojos cuando los verdugos, para completar su triunfo, hacen poner la cuerda en su cuello.

Sólo el hombre que se ha forjado sus convicciones de las graves condiciones de su vida personal y de las observaciones de la vida espantosa de la especie humana, es decir, las convicciones de que los demás hombres son sus hermanos, que la libertad del hombre no debe ser menos intangible que su vida; sólo el hombre que está dispuesto a conquistar esa libertad y a defenderla, que está dispuesto a poner fin a la existencia de todo gobernante y verdugo (si no renuncian voluntariamente a su infame oficio de abreviar la vida de los demás), sólo ese hombre es libre. Un hombre que, como objetivo de su lucha contra el mal de la sociedad actual, no quiere un cambio del poder del verdugo burgués en un verdugo socialista o comunista, ni una "república obrera" (como se llama ampulosamente esa villanía por los bolcheevistas), sino la instalación de una sociedad verdaderamente libre, or-

canizada sobre los principios de la responsabilidad personal y que asegure a todos en la misma medida la verdadera libertad y la justicia social. Sólo un hombre tal es un anarquista revolucionario. Contempla sin temor los actos del Estado y verdugos y de igual modo pronuncia su sentencia de muerte con estas palabras: "No así no puede ser. Rebelaos, hermanos esclavizados, arriba, a la rebelión contra todo poder, destruid el poder de la burguesía y no toleréis que se instaure el poder de los socialistas y comunistas. Destruid todo poder y arrojad de vosotros a sus representantes. Vuestros amigos no habéis buscarlos entre ellos".

El poder de los socialistas o comunistas de Estado no es menos infame que el poder de la burguesía.

Incluso hay momentos en que el poder de los socialistas o de los comunistas de Estado es más infame que el poder de la burguesía. Entonces se rompe toda conexión con la idea de la vida. Entonces pisotea también sus propias ideas, es decir, las ideas del comunismo de Estado y del socialismo.

Se divorcia de todo sano pensamiento y luego echa mano en secreto a las condiciones fundamentales del poder de la burguesía. Y porque echa mano en secreto a ellas, no quiere mostrarlo a las masas gobernadas por él. Y como engaña a las masas en nombre del socialismo, es peor que cualquier otro gobierno. Pero las masas humanas observan eso y la indignación nace en ellas. Luego el poder se arroja sobre los rebeldes con todo el furor de su impunidad y los abate, los oprime sangrientamente y los degüella supuestamente, en el nombre de sus ideas, las ideas del socialismo y del comunismo estatal. Pero en realidad sus ideas habían sido arrojadas ya al muladar, interviene como poder de Estado en ese momento, sean cualesquiera que sean las ideas de aquellos a costa de los cuales se impuso y contra los cuales se dirige ahora con ayuda de los viejos medios desfigurados de la burguesía. En tales momentos el gobierno de los socialistas o de los comunistas es más infame aún que el de la burguesía; pues en tales momentos no tiene su propio cauce; y mientras que el poder de la burguesía hace subir al cadalso a los revolucionarios que no le reconocen, el poder de los socialistas o comunistas los mata a traición, simuladamente, o los degüella durante el sueño. Sólo en el acto son ambos infames; pero por la forma como lo realizan — el poder de los socialistas y comunistas es más infame.

Como la mejor confirmación de todo lo dicho puede considerarse toda revolución política, cuando la burguesía, los socialistas y los comunistas estatales luchan en el respectivo país por el predominio político, atrayéndose en ese camino las masas populares.

La confirmación más luminosa e instructiva de lo dicho sobre el poder gubernativo está en las consecuencias de la actividad de los socialistas y de los comunistas rusos en las dos revoluciones rusas, la de febrero y la de octubre.

Cuando las masas laboriosas de la Rusia imperial se sintieron semilibertadas, en el concepto político, de la reacción zarista y de los terratenientes, aspiraron a la completa liberación. Expresaron parcialmente su aspiración en la forma de expropiación de la tierra de los terratenientes y de los conventos y cediendo esa tierra expropiada al usufructo de aquellos que querían trabajarla sin fuerzas asalariadas, parcialmente por la declaración de algunas fábricas, establecimientos, imprentas y otras empresas sociales como posesión de aquellos que trabajaban en ellas, después de lo cual se hizo el ensayo de crear entre el campo y la ciudad relaciones libres y fraternales de cambio. Y naturalmente no querían tener en cuenta para sus planes y su sana aspiración que había en Kiew, en Karkof o en Petersburgo algún gobierno.

El pueblo aspiraba independientemente a echar los cimientos de una nueva sociedad por intermedio de sus organizaciones obreras, que a los ojos del pueblo expulsaría de sí en el desenvolvimiento de dicho organismo social todo lo parasitario y lo gubernativo, — el poder absurdo de unos sobre otros, que los trabajadores no necesitan de ningún modo. Una sana aspiración popular existía especialmente en Ukrania, en el Ural y en Siberia. Se sentía también en los centros de los poderes gubernativos que sucumbían y que renacían en otra forma y con otro nombre: en Petrogrado y en Moscú, en Kiew y en Tiflis. Mientras tanto, los socialistas y los comunistas tenían en todas partes numerosos partidarios de su idea de gobierno y asesinos asalariados a su disposición. Por desgracia hay que constatar que no sólo tenían consigo más que asesinos asalariados; también tenían gentes de nuestras filas, de las filas de los trabajadores, y en especial con ayuda de esos asesinos a sueldo consiguieron sofocar en germen las libres aspiraciones del pueblo.

¡Y cómo han sabido dominarlas y con qué medios!

¡La inquisición de la edad media podría tenerles envidia! Pero nosotros, que conocemos la naturaleza de todo gobierno, gritamos a los jefes del socialismo y del comunismo bolchevista: "¡Infamia y vergüenza!" Habéis escrito tanto y habéis disputado con la burguesía sobre las crueldades que cometían con sus súbditos. Os habéis declarado con verdadera furia por la pureza revolucionaria y os habéis entregado a la liberación de los que trabajan. Una vez llegados al poder, os demostráis exactamente como los vulgares lacayos — en un caso lacayos de la burguesía misma, en otro lacayos de sus medios, volviéndoos a menudo a la burguesía, de manera que ella misma se asombra y a menudo sonríe...

La burguesía por lo demás, conservando en los últimos años las experiencias del comunismo bolcheviste, ha comprendido muy bien que esa quimera de un socialismo estatal científico no puede salir adelante nunca sin sus medios, sin ella misma. Ha comprendido que no le corresponde reir de sus propios retoños. Ha comprendido que en el sistema de ese socialismo está de moda una explotación y una opresión de la mayoría trabajadora de las masas humanas como no puede desearse mejor — la vida viciosa de los parásitos no ha sido suprimida, en el sistema de ese socialismo, no ha hecho más que recibir otros nombres y se desarrolla y echa nuevas raíces.

(Continuará)

El espíritu insurreccional

Leemos en una interesante tesis de doctorado sobre la fiesta del primero de mayo, por Friedrich Giovanoli (*Die Maifeierbewegung*, Karlsruhe, 1925, pág. 102) estas palabras significativas:

"La organización lisa, sin choques, a menudo digna de admiración de las mayores demostraciones de masas que haya visto jamás el movimiento social, llena a la socialdemocracia y a los sindicatos (reformistas) con no poco orgullo y satisfacción"...

Ningún partido ha llevado hasta tal punto la noción del orden y de la disciplina en las filas obreras; hay que reconocerlo. Aun no hace muchos años, cuando los anarquistas de la FORA convocaban una manifestación, la policía dis-

Errico Malatesta (9)

EN EL CAFÉ

Asegurad a todos los medios para vivir convenientemente, dad a las mujeres libertad completa de disponer de su persona, destruid los prejuicios, religiosos y demás, que vinculan a hombres y mujeres a una cantidad de *conveniencias* que se derivan de la esclavitud y que la perpetúan — y las uniones sexuales serán hechas por amor, durarán tanto cuanto dure el amor, y no producirán más que la felicidad de los individuos y el bienestar de la especie.

Ambrosio. —Pero en suma, ¿usted es partidario de las uniones perpetuas o temporales? ¿quiere las parejas separadas y la variedad de las relaciones sexuales o la promiscuidad completa?

Jorge. —Nosotros queremos la libertad.

Hasta aquí las relaciones sexuales han sufrido tanto la presión de la violencia brutal, de las necesidades económicas, de los prejuicios religiosos y de las prescripciones legales, que no es posible deducir cuál es el modo de relaciones sexuales que mejor responde al bienestar físico y moral de los individuos y de la especie.

Ciertamente, una vez eliminadas las condiciones que son hoy artificiosas y forzadas las relaciones entre hombre y mujer, se constituirán una higiene y una moral sexuales que serán respetadas, no porque sean leyes, sino por la convicción, fundada en la experiencia, de que satisfacen el bienestar propio y el de la especie.

¡Pero eso no puede ser más que el efecto de la libertad.

Ambrosio. —¿Y los hijos?

Jorge. —Comprenderá que una vez admitida la propiedad común, y establecido sobre sólidas bases el principio de la solidaridad social, el mantenimiento de los niños corresponde a la comunidad, y su educación estará a cargo y en interés de todos.

Probablemente todos los hombres y todas las mujeres amarán a todos los niños; y si, como creo seguro, los padres tuvieran un afecto especial por los nacidos de ellos, no tendrían más que motivos para regocijarse sabiendo que está asegurado el porvenir de sus hijos y teniendo el concurso de toda la sociedad para su mantenimiento y educación.

Ambrosio. —¿Pero respeta al menos el derecho de los padres sobre los hijos?

Jorge. —El derecho sobre los niños está hecho de deberes. El que más derecho tiene sobre ellos, es decir, el que más derecho tiene a guiarles y a cuidarles, es el que más los ama y más se ocupa de ellos: y así como los padres ordinariamente aman más que todos a sus hijos, es a ellos a quien compete principalmente el derecho a proveer a sus necesidades. En esto no hay que temer contestaciones, porque si algún padre desnaturalizado ama poco a sus hijos y no los atiende, estará contento de que otros se ocupen de ellos y lo desembaracen de ese cargo.

Pero si por derecho del padre sobre los hijos entiende usted el derecho a maltratarlos, a corromperlos, a explotarlos, entonces, ciertamente, niego de un modo absoluto ese derecho, y creo que ninguna sociedad digna de ese nombre lo reconocería y lo toleraría.

Ambrosio. —Pero, ¿usted no piensa que esa manera de confiar la responsabilidad del mantenimiento de los niños a la colectividad provocaría un tal aumento de la población que no habría ya de qué vivir todos? Usted no quiere sentir hablar de malthusianismo y dice que es una cosa absurda.

Jorge. —Le he dicho ya otra vez que es absurdo pretender que la miseria presente depende del exceso de población y absurdo el querer ponerle remedio con las prácticas malthusianas. Pero reconozco voluntariamente la gravedad de la cuestión de la población, y admito que, en el porvenir, cuando todos los que nazcan tengan asegurado el sostén, la miseria podría renacer por exceso real de población. Los hombres emancipados e instruidos pensarán, cuando lo estimen necesario, en poner un límite a la multiplicación demasiado rápida de la especie; y agrego que no pensarán en serio sobre ello más que cuando, eliminados los acaparamientos, los privilegios, los obstáculos opuestos a la producción por la avidez de los propietarios y todas las causas sociales de la miseria, aparezca a todos sencilla y evidente la necesidad de proporcionar el número de los seres vivos a los posibilidades de la producción y también al espacio disponible.

Ambrosio. —¿Pero si los hombres no quieren pensar en eso?

Jorge. —¡Tanto peor para ellos!

Usted no quiere comprenderlo: no hay ninguna providencia, sea divina o natural, que se ocupe del bien de los hombres. Su bien es necesario que los hombres se lo procuren por sí mismos, haciendo lo que juzguen útil y necesario para conseguir el fin.

Usted dirá aún: ¿pero si no quieren? En ese caso no conseguirán nada y permanecerán presa de las fuerzas ciegas que les circundan.

Lo mismo pasa hoy: los hombres no saben cómo hacer para ser libres, y si lo saben, no quieren hacer lo que es preciso hacer para libertarse. Y por eso siguen siendo esclavos.

Pero esperemos que más pronto de lo que usted cree sepan y quieran.

¡Entonces serán libres!

XII

Ambrosio. —Usted concluía el otro día que todo depende de la voluntad. Si los hombres quisieran ser libres, decía, si quisieran hacer lo que es preciso para vivir en una sociedad de iguales, todo marcharía bien; si no, peor para ellos. Eso estaría muy bien si todos quisieran la misma cosa; pero si los unos quieren vivir en la anarquía y los otros prefieren la tutela de un gobierno, si los unos están dispuestos a tomar en consideración las necesidades de la colectividad y los otros quieren gozar de los beneficios que se derivan de la vida social, pero no quieren adaptarse a las necesidades que nacen de la vida social, y quieren obrar a su modo sin ocuparse del daño que puede resultar para los demás, ¿cómo harían si no hay un gobierno que determine e imponga los deberes sociales?

Jorge. —Si hay gobierno, triunfa la voluntad de los gobernantes, de su partido, de los interesados — y el problema, que es el de satisfacer la voluntad de todos, no es resuelto. Al contrario, la dificultad es agravada. La fracción que gobierna no sólo puede ignorar o violentar la voluntad de los demás con medios propios, sino que dispone, para imponerse, de la fuerza de todos. Es el caso de la sociedad actual, en donde la clase obrera proporciona al gobierno los soldados y las riquezas que sirven para tener esclavizados a los obreros.

Creo haberlo dicho ya: queremos una sociedad en que todos tengan los medios para vivir como les parezca, pero en que ninguno pueda obligar a otro a someterse a su voluntad. Aplicados esos dos principios: la libertad pa-

ponía que la Asistencia Pública tuviera listas las ambulancias para los heridos inevitables. Y en general fueron los anarquistas los que dieron por mucho tiempo a las demostraciones del primero de mayo en todos los países su carácter de protesta proletaria y no de simple fiesta del trabajo. Los socialdemócratas alemanes educaron los millones de obreros que cayeron bajo su influencia en una concepción del primero de mayo que se redujo siempre a hacer excursiones familiares por los parajes más hermosos de los alrededores de las grandes ciudades, donde el buen obrero socialdemócrata manifiesta sus sentimientos respecto de los mártires de Chicago tomando café al aire libre, en las posadas y restaurants. Esa educación nos explica toda la historia presente de Alemania.

Pero el caso de Alemania es el de casi todos los países. En nombre del socialismo se ha tratado de castrar todos los impulsos insurreccionales del pueblo; del París heroico de las barricadas tradicionales no queda más que una serie de metafísicos del sindicalismo y de funcionarios rentados de los sindicatos. El pueblo ha sido educado como para no incurrir fácilmente en el pecado de la exteriorización violenta de sus sentimientos. Y en esa obra de castración sólo una fuerza ha podido hacer maravillas en todos los países: el socialismo marxista.

He aquí como hablaba un diario socialdemócrata de Viena sobre la demostración del primero de ma de 1922, en que tomaron parte 300.000 breros: "¡No menos admirable que la enorme participación fué la *disciplina irreprochable!* Ese desfile lo había organizado el partido socialdemócrata, lo habían organizado nuestros magníficos ordenadores y no sólo hay que hacer resaltar gloriosamente que no hubo ni un solo incidente, ni el más mínimo motivo de consuelo y de alegría para la prensa antiobrera; no sólo hay que hacer resaltar lo negativo, sino también lo positivo, el arte grandioso de traer esos centenares de millares desde todas partes a la plaza del Ayuntamiento, sin choque alguno, y el hacer disolverse nuevamente esa infinita concentración humana, sin contratiempos, sin incidente"...

Ese es el orgullo del socialismo marxista: ha sabido domar los impulsos de las masas, ha sabido reunir sin peligro de revolución y de derramamiento de sangre enormes masas obreras, manipular con ellas como Maese Pedro con los títeres sin que ocurra ninguna desgracia. Ciertamente es todo un arte digno de admiración el de los socialdemócratas: sus manifestaciones obreras dan la sensación de procesiones eclesiásticas. El espíritu rebelde es sofocado por los discípulos de Marx en las masas proletarias como ningún poder de la reacción podría hacerlo. Hay que reconocerles ese mérito que tanto les llena de orgullo; hay que rendirles homenaje y declarar en nuestra prensa que, en efecto, pueden estar satisfechos de su obra. Pero recordemos al mismo tiempo estas palabras de Proudhon: "Toda sociedad en donde la potencia de insurrección es comprimida, es una sociedad muerta para el progreso: no hay en la historia verdad más probada". Que esa potencia de insurrección sea comprimida por el knut del zār, el manganello fascista o el arte socialdemócrata de domesticar las masas, el resultado es siempre el mismo: una sociedad muerta para el progreso.

* * *

Pensamientos de Tolstoy

Hay personas que entran en el ejército sin saber lo que hacen; es posible encontrar también quienes desean hacer la guerra contra los pueblos extranjeros, o que esperan perpetuar la esclavitud de los trabajadores; u otros que aman así, simplemente, el homicidio por el homicidio. Y éstos hombres precisamente pueden ser soldados. Pero esos hombres ya no pueden ignorar que existen otros, y los mejores del mundo, cristianos o musulmanes, fieles a Brahma o discípulos de Confucio, a los cuales, sin excepción de fé, la guerra y los soldados les inspiran repugnancia y desprecio, y que el número de estos hombres crece de hora en hora. Los más sutiles razonamientos no pueden nada contra esta simplísima verdad, esto es: que un hombre que se respeta no tiene el derecho de hacerse el esclavo de un desconocido, o conocido, cuyo único fin es matar. Ahora bien, servicio militar o disciplina militar no tienen otra finalidad. — (*Los tiempos se acercan*).

* * *

La mayoría de los monumentos se levantan hoy en día, no a hombres de Estado, a generales, y menos aún a los ricos, sino a artistas, sabios, inventores, a hombres que lejos de tener comunidad alguna con el gobierno, han luchado a menudo en su contra. Y éstos precisamente son glorificados por la poesía y el arte.

* * *

Los hombres que no comprenden la vida, no pueden no temer a la muerte.

* * *

El rasgo distintivo del hombre civilizado es el de obedecer a lo que se considera por los más como inicuo, es decir, a la conciencia.

* * *

Es necesario obrar en la vida según la razón y la conciencia, puesto que es la ley del ser razonable, ya sea tomado singularmente, o sea considerado en la humanidad entera.

* * *

Al hombre que en sí siente la fuerza cumplir una gran acción, lo son les las palabras.

* * *

Las palabras tienen siempre un tido clarísimo hasta que nosotros no damos a propósito un sentido falso.

* * *

Ni el hombre ni la humanidad puede volver atrás.

* * *

La razón es independiente del corazón y a menudo sugiere ideas que chocan los sentimientos, ideas incomprensibles crueles para el corazón.

* * *

El estado de la humanidad, con sus fortalezas, cañones, dinamita, fusiles, pedos, prisiones, horcas, iglesias, fábricas aduanas es verdaderamente terrible; ni las fortalezas, ni los cañones, ni los siles tiran por sí mismos, las horcas ahorcan, las iglesias no engañan a dia solas.

Todo esto es hecho por los hombres cuando los hombres comprendan que debe hacerse, todo esto no existirá Ya comienzan a comprenderlo. Si no dos, por lo menos "los hombres de guardia", los que serán seguidos por dos los otros. Y dejar de comprender que se ha comprendido una vez es imposible y lo que ha sido comprendido "los hombres de vanguardia" puede ser comprendido por todos los otros.

---

ra todos y los instrumentos de producción para todos, todo el resto viene naturalmente, por la fuerza de las circunstancias, y la nueva sociedad se organizará del modo que mejor convenga a los intereses de todos.

Ambrosio. —¿Y si algunos quieren imponerse con la fuerza material?

Jorge. —Entonces serían el gobierno, o los aspirantes a gobernar, y nosotros los combatiríamos con la fuerza. Usted comprende que si queremos hoy hacer la revolución contra el gobierno, no será para someternos dócilmente mañana a nuevos opresores. Si éstos vencieran, la revolución sería vencida, y habría que volverla a hacer.

Ambrosio. —Pero en suma, ¿admitirá principios morales, superiores a la voluntad, al capricho de los hombres y a los cuales todos están obligados a conformarse... al menos moralmente?

Jorge. —¡Oh! ¿qué es esa moral superior a la voluntad de los hombres? ¿Por quién es prescripta? ¿de dónde procede?

La moral cambia según las épocas, los países, las clases, las circunstancias. Expresa lo que los hombres reputan la conducta mejor en un momento dado y en circunstancias dadas. En suma, para cada cual es conforme a la buena moral lo que le agrada y le parece bueno, por razones materiales o sentimentales.

Para usted la moral implica el respeto a la ley, es decir la sumisión a los privilegios que disfruta su clase; para nosotros todas las prescripciones morales se compendian en el amor entre los hombres.

Ambrosio. —¿Y los delincuentes? ¿Respetarán ustedes su libertad?

Jorge. —Para nosotros delinquir significa violentar la libertad de los otros. Cuando los delincuentes son muchos y poderosos, y tienen organizado su dominio de una manera estable, como es hoy el caso de los propietarios y de los gobernantes, es preciso una revolución para librarse de ellos.

Cuando al contrario, la delincuencia es reducida a casos individuales de inadaptación o de enfermedad, tratamos de descubrir sus causas y de aplicarle los remedios oportunos.

Ambrosio. —¿Y entonces? Necesitaríamos una policía, una magistratura, un código penal, carceleros, etc.

Jorge. —Y por consiguiente, dirá usted, la reconstitución de un gobierno, el regreso al estado de opresión bajo el cual estamos hoy.

En efecto, el mal mayor del delito no es tanto el hecho singular y transitorio de la violación del derecho por algún individuo, como el peligro de que sirva de ocasión y de pretexto para la constitución de una autoridad que, con la apariencia de defender la sociedad, la someta y la oprima.

Sabemos ya para qué sirven la policía y la magistratura, y cómo ellas son causa en lugar de ser remedio de innumerables delitos.

Es preciso, pues, tratar de destruir el delito eliminando sus causas; y aun cuando quedase un residuo de delincuentes, las colectividades directamente interesadas deberán pensar en ponerlos en la imposibilidad de perjudicar, sin delegar en nadie la función específica de perseutor del delito.

¿Conoce la fábula del caballo que pidió protección al hombre y lo hizo montar sobre su lomo?

Ambrosio. —Bien, bien. En lo sucesivo hablaré para informarme y no para discutir.

Otra cosa. Dado que en esa sociedad todos son socialmente iguales, todos tienen derecho a los mismos medios de educación y de desenvolvimiento, todos tienen libertad plena de escoger la propia vía, ¿cómo haría para proveer a los trabajos necesarios? Hay trabajos agradables y trabajos penosos, trabajos sanos y trabajos insalubres. Naturalmente, todos escogerán los trabajos mejores: ¿quién haría los otros, que son a menudo los más necesarios?

Y además tenemos la gran división entre el trabajo intelectual y el manual. ¿No le parece que todos quisieran ser doctores, literatos, poetas, y que ninguno querría cultivar la tierra, hacer zapatos, etc., etc.? ¿Y entonces?

Jorge. —Usted quiere prever la sociedad del porvenir, sociedad de igualdad, de libertad y, sobre todo, de solidaridad y libre acuerdo, suponiendo que persistan las condiciones morales y materiales de hoy. Naturalmente, la cosa parece, y es, imposible.

Cuando todos tengan los medios, todos alcanzarán el máximo desenvolvimiento material e intelectual que sus facultades naturales permiten: todos serán iniciados en las alegrías intelectuales y en los trabajos productivos; el espíritu y el cuerpo se desarrollarán armónicamente; en grados diversos, según las inclinaciones y la capacidad, todos serán hombres de ciencia y literatos, y todos serán obreros.

¿Qué sucedería entonces?

Imagínese que algunos millares de médicos, ingenieros, literatos, artistas, fuesen transportados a una isla vasta y fértil, provistos de instrumentos de trabajo y dejados a sí mismos.

¿Cree usted que se dejarían morir de hambre antes que trabajar con sus manos o que se matarían entre ellos antes que concertarse y dividirse el trabajo según las inclinaciones y las capacidades? Si hubiera trabajos que ninguno quisiera hacer, los harían todos por turno, y todos buscarían los trabajos insalubres y duros.

Ambrosio. —Basta, basta. Tendría otras mil preguntas que hacerle, pero usted ambula en plena utopía y encuentra modo de resolver con la imaginación todos problemas.

Preferiré que me hable un poco de los medios y camino que se proponen para realizar sus sueños.

Jorge. —Con mucho gusto, tanto más cuanto que gún mi opinión, aun siendo el ideal útil y necesario mo faro que indica la meta final, la cuestión urgente la de lo que se debe hacer hoy y en el porvenir inmediato.

Hablaremos de ello la próxima vez.

XIII

Ambrosio. —Por tanto, esta noche nos hablará de medios con los cuales se propone realizar sus ideales establecer la anarquía. Yo me los imagino ya. Se bombas, masacres, fusilamientos sumarios; y además queos, incendios y otras dulzuras por el estilo.

Jorge. —Señor mío, usted ha errado la dirección plemente; usted ha creído hablar con algún oficial esos que mandan a los soldados europeos cuando va *civilizar* el Africa o el Asia, o cuando se *civilizan* sí en Europa.

Yo no pertenezco a esa categoría, le ruego que crea.

César. —Creo, señor presidente, que nuestro amigo que en resumidas cuentas nos ha mostrado que el joven razonable, aunque demasiado soñador, espera triunfo de las ideas de la evolución natural de la dad, de la propagación de la instrucción, del progreso de la ciencia, del desenvolvimiento de la producción.

Y, después de todo, no hay nada de malo en eso.

Si la anarquía debe venir, vendrá; es inútil romperse la cabeza para evitar lo inevitable.

Además... ¡es una cosa tan lejana! Vivamos en pues.

Jorge. —¡Sí, no habría verdaderamente razones ra requemarse de bilis!

No, señor César, yo no cuento con la evolución la ciencia y con lo demás. ¡No habría poco que esperar! Y lo que aun es peor, ¡se esperaría en vano!

La evolución humana marcha en el sentido en que impulsa la voluntad de los hombres y no hay ningún natural que deba fatalmente llevar a la libertad más que a la división de la sociedad en dos castas permanentes, casi diré en dos razas, la de los dominadores de los dominados.

Todo estado social, desde el momento que ha encontrado las razones suficientes para existir, puede también persistir indefinidamente si los dominadores no encuentran una oposición consciente, activa, agresiva parte de los dominados. Los factores de disolución muerte espontánea que existen en todo régimen